

rio. El escritor lo aprovecha. Narrado con naturalidad, sólo al final tenemos el suave horror de haber entrado sin darnos cuenta en una casa en la que nada ocurre, salvo que...

Por último, para no alargar este preámbulo impertinente, en *Novillo suelto* asistimos a un espectáculo común en muchos pueblos: la entrada semanal de los novillos bravos, destinados al matadero. La aparición de los novillos causa siempre conmoción, carreras, sustos. El cuento narra cómo es el pueblo antes de que pasen los novillos; la expectativa, el temor, el recuerdo de lo que ocurrió en otras ocasiones. Pero esta vez es distinto.

Juan Carlos Restrepo Rivas (1962) nació en Andes, tierra áspera del suroeste, donde muchos nacen pero pocos se crían, según dicen allá, no sin orgullo. Graduado en la Pontificia Bolivariana de Medellín, la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad de Navarra (España). Profesor en las universidades de Antioquia, Pontificia Bolivariana y Eafit. Ha obtenido distinciones importantes en artes gráficas e ilustración. Posee el carácter educado y llano del hombre culto. Pero téngale miedo. No se olvide que es de Andes.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR

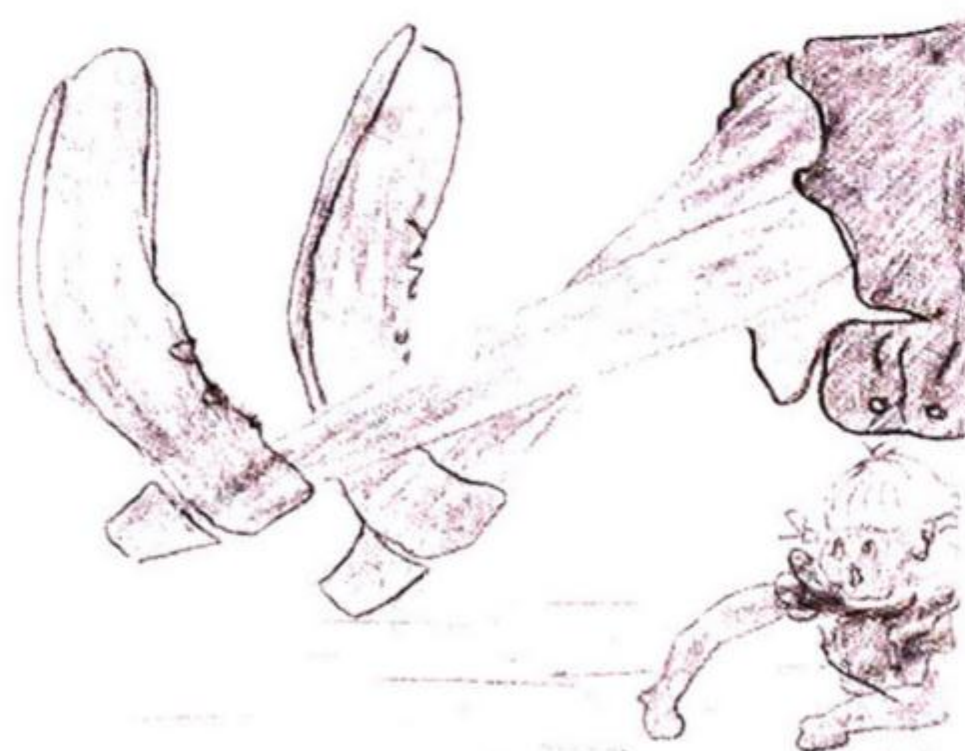
Cuando la moraleja pertenece también al mundo de la fantasía

Los exiliados de la arena

Andrés García Londoño
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 2001, 236 págs.

Tendría que sacar a relucir todo mi complejo de inferioridad colombiano para decir que este libro no es muy bueno. Se trata de uno de esos libros que si le dicen a uno que fue

escrito por Italo Calvino o por Carlo Levi, uno dice: ¡Qué bueno! Pero como el autor apenas es colombiano, no se le presta demasiada atención. Y tampoco hay una crítica como esa que hacía con tanto tino Ángel Rama, que estaba siempre pendiente de resaltar lo que, entre tanta morralla editorial, se distinguía del montón. Hay aun un problema más serio: el autor no ha escrito una novela sino un libro de cuentos.



Tras estar varios años en el exterior observo un fenómeno doloroso. El problema fundamental de la producción literaria en Colombia sigue siendo el de la superstición de la novela. Aquí nadie es autor mientras no publique una novela. No importa que sus cuentos sean excelentes, como en este caso, o que sus ensayos sean un dechado de fantasía y de erudición combinadas, o que su visión crítica sea tan aguda como la de algunos de los colaboradores de esta revista, como es el caso, otra vez, de García Londoño, y conste que no lo digo por conciencia de gremio o por rosca de ningún tipo. Al autor de este libro jamás lo he visto en mi vida. Y si lo conozco es porque lo he leído.

Pero ésta es una colección de cuentos fantásticos, rara en nuestro medio, fascinante. Por su extensión podríamos decir que pertenecen a ese género intermedio por su extensión entre el cuento y la novela corta, que los franceses llaman *nouvelle*. Desde el primero, inquietante, *La plegaria del jardinero*, la historia del cadáver de un ángel o, si se quiere, una reflexión sobre la posesión de la belleza, la imaginación de García Londoño es poderosa y su prosa

bien medida, así como su manejo de los tiempos narrativos insuperable. Y, sobre todo, tiene un acento muy propio. “¿De qué le sirve a un hombre una sola ala si no es para soñar con el cielo?”. El autor es el autor, y si se parece a muchos autores por momentos, en definitiva sólo se parece a sí mismo. Es gótico, es Cortázar también, y son los primeros cuentos de García Márquez, todo a la vez.

Urbano o el visitante es una especie de diablo cojuelo, un *voyeur* que decide dedicarse a “observar las vidas de los demás para no tener que vivir la propia” y que trata de conocer a todos los seres humanos, uno por uno, para poder amarlos. Urbano aprende el silencio para observar sin ser escuchado, y el arte del camaleón para mirar sin ser mirado. ¡Su deseo lleva a la exasperación cuando comprende que para dedicar un segundo de atención a todos y cada uno de los habitantes de la tierra necesitaría por lo menos 190 años de vida!

Urbano es el hombre invisible de Wells pero también es el amor por “esa maravillosa obscenidad llamada vida”. Tal vez me hubiera agrado que este cuento se acabara antes de la moraleja, aunque las moralejas de García Londoño están también en el mundo de la fantasía y no caen en el terreno del apólogo, tan caro a la literatura latinoamericana. En este cuento, más que moraleja, lo que hay es dos cuentos entrelazados en uno solo, como en algunos de los relatos de Henry James, y el autor da muestras de una lógica rara y fantástica. Una vez más alguna frase es de contundente hermosura: “Sabía bien que la única manera de alegrarse por el placer que la mujer amada recibía, era no verla cuando lo obtenía”.

El tercero de los relatos, *Clímax*, es una reflexión sobre el mundo perdido de lo erótico. *La savia de Belabar* es un relato de ciencia ficción, con algo de lord Dunsany y algo de Lovecraft, que propone la existencia de una especie de apóstoles de la monotonía, seres estacionados en el tiempo y en el espacio como surgidos de la imaginación de

Beckett. Los esbirros de Belabar, una estrella extinta convertida en planeta lleno de singularidades, sólo leen y adoran un Árbol que es como el muy conocido de la Ciencia del Bien y del Mal. "Estatuas de metal en cuyas Conciencias circulaban una y otra vez los mismos datos, las mismas lecturas, las mismas cifras absolutas e inamovibles. Sumergidos en la complejidad de lo inútil se quedaron paralizados..."

El mundo de Belabar es un poco esotérico, un poco vago, un poco débil, pero lleno de insinuaciones. Me atrevería a decir que se trata más o menos de las reflexiones que se habrá hecho Dios antes de crear este universo.

La palabra del poeta, a mis ojos el mejor relato de la serie, es una historia maravillosa de un hombre mítico, entrenado para matar. El héroe es un samurái que también nos recuerda al guardián de la Rama Dorada de la mitología romana. Nacido en un país poderoso, "la legalidad del asesinato militar le evitó incomodidades y le brindó un entrenamiento adecuado". "La patria era una excusa: hacía la guerra porque la llevaba en la sangre". "Hacía lo mismo con Dios que con cualquier mujer estúpida: respondía a su falta de amor con una sabia mezcla de indiferencia y desprecio". Pero un día lo empieza a perseguir la risa de un bebé mutilado... Y no me corresponde contar en una reseña lo que sigue.

En *Pagana de luna* hay momentos como éstos: "Todavía no había sido resuelto del todo el dilema de si las mujeres tenían o no alma". O "Después de todo, pensaba ella, era mejor tener un poeta en la familia que un endemoniado. Era incluso preferible a un loco".

El libro se cierra con *Trovador*, un relato de corte medieval. "Hace una década hubo una verdadera proliferación de quienes creían que si consumían la suficiente carne de trovador, también ellos podrían ver los colores".

Las frases poéticas abundan: "No puedo decirle que el rojo de su sexo es único; sería un mal halago pues cada sexo tiene su matiz. Lo único

que puedo es cantarle a su humedad y su alivio".

¿Algún reproche a este libro? Tal vez la abundancia. El final de los cuentos es a veces un poco prolijo. Es cuestión de tijera. Nada más. A veces es mejor dejar que las cosas reposen en el misterio que sumergirse en los pantanos del desafuero y dejar que el lector saque sus propias conclusiones.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Lectura poco traslúcida

No hay llamas, todo arde

Óscar Castro García

Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 1999, 177 págs.

Roland Barthes escribió, en *El placer del texto*, acerca de la lectura:

Lo que me gusta en un relato no es directamente su contenido ni su estructura, sino más bien las rasgaduras que le impongo a su bella envoltura: corro, salto, levanto la cabeza y vuelvo a sumergirme. Nada que ver con el profundo desgarramiento que el texto de goce imprime al lenguaje mismo y no a la simple temporalidad de su lectura...

Así, entonces, hay textos que permiten una lectura rápida, en la que no es necesario detenerse a degustar; otros, en cambio, se imponen lentos y hace falta paladearlos. Hay lecturas que quedan por años; otras, en cambio se olvidan una vez cerrado el libro. Todas, sin embargo, dependen de los gustos y pasiones del lector; no existen, tal vez, libros para todos y que susciten las mismas impresiones, a pesar de que así lo aseguren los vendedores de *best sellers*.

De repente, un día descubrimos un autor que años antes nos causaba escozor o repudiamos aquel que

antaoño nos maravilló, pero pocas sensaciones tan placenteras como descubrir un buen narrador y no poder abandonar el libro, sentirse mareado por haber leído durante horas y no poder físicamente detenerse hasta terminar y al día siguiente retomarlo y recorrerlo de nuevo. Son éstos los textos que generalmente suscitan otro, ya sea escrito o simples comentarios orales y que generan la urgencia de confrontar diversas lecturas y emociones.

Obviamente, leer es siempre más fácil que escribir. Leer bien es un placer, y escribir bien y tener algo que decir, un arte mayor. Juzgar o analizar textos escritos y publicados es una tarea mezquina, pues en ella nos jugamos los gustos y nos exponemos a la equivocación y al error, cautivando o alejando posibles lectores.

Hay libros que atrapan de inmediato y otros que se nos aparecen opacos a pesar de insistir en la lectura. Es éste el caso de *No hay llamas, todo arde*. Una lectura poco traslúcida y poco amable, dudosa y compleja, en la cual se atisba una enredada estructura, tal vez un poco pretenciosa.

Son dieciocho cuentos, subdivididos por el autor en tres temas principales: Deseo, Soledad y Constancia. Sin embargo, todos, a pesar de la división, desarrollan y tratan los

